

---

TOCQUEVILLE, A. DE, *Sobre las religiones. Cristianismo, hinduismo e islam*. Presentación y notas de Jean-Louis Benoît. Traducción de Fernando Caro (Ediciones Encuentro, Madrid 2013). 159 pp. ISBN: 978-84-9920-168-9

Presentamos la traducción al castellano de este libro que recoge una selección de escritos del pensador y político francés De Tocqueville (muerto en 1859 a la edad de 54 años), en torno al hecho religioso. Agnóstico pero espiritualista, si así podemos decir, pues acepta la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, el autor se opuso a los dogmas católicos y al Papa Pío IX, en particular, pero supo valorar la dimensión

social, política y existencial de la religión. Su postura resulta, no pocas veces, ambivalente, ya sea ante el Islam, ya ante el Cristianismo: si de éste último valora el mensaje evangélico, no hace sino distanciarse ante el conjunto de sus dogmas y apostar por el diálogo de la religión con el mundo moderno. El libro no discute la religiosidad de su autor ni las relaciones que mantuvo con la Iglesia Católica, aunque durante su estancia en América Tocqueville descubrió que una sociedad democrática puede ser religiosa, toda vez que respeta la autonomía entre la Iglesia y el Estado.

La *Introducción* nos ofrece dos interesantes fragmentos epistolares: de ellos se desprende que, si bien la lectura juvenil de determinados libros filosóficos acentuó su experiencia de angustia, melancolía, desesperación e incluso de duda universal, eso no consiguió eliminar totalmente su profunda convicción en la existencia de Dios, como causa primera y providente. En efecto si la duda es considerada como un gran mal, comparable a la enfermedad o la muerte, mucho más lo es el materialismo –efecto pernicioso y enfermedad peligrosa– del que nos salva la creencia en el alma espiritual, así como admitir la presencia de la religión en la sociedad. La creencia en un principio inmaterial, dice, es necesaria para la grandeza del hombre: ni hombre ni sociedad pueden prescindir de Dios. Sin entrar en la cuestión filosófica de la existencia de Dios, apela al valor ético y moral de las religiones en la sociedad, si bien no se puede considerar a todas en el mismo nivel. La posesión de ciertas convicciones respecto a Dios o al alma, es decir, acerca de las cuestiones esenciales del hombre, lo libra de caer en un desorden y sentimiento de impotencia, y resulta de suma utilidad incluso para la felicidad en este mundo.

Es interesante la relación que establece entre la religión y la libertad humana, por un lado, y entre la increencia y la esclavitud por otro: definitivamente la religión se convierte en un impulso hacia valores éticos y sociales, pues al rechazar el individualismo egoísta es digna de ser tenida en cuenta. Esto es, ni más ni menos, lo que le importa: el punto de vista humano de la religión.

El *Capítulo primero* está dedicado al Islam, tema que le interesa a partir de la posición de Francia en Argelia y otros lugares de Oriente. Tras su lectura, Tocqueville parece conceder al Corán el beneficio de situarnos entre materialismo y espiritualismo: si el Islam representa un avance respecto al politeísmo, sin embargo su beneficio no se puede comparar con el cristianismo. Una de sus principales deficiencias, para el autor, es la confusión y mezcla que contiene de los diversos ámbitos de la realidad: el dominio de lo religioso invade también los ámbitos de la ética, la política o lo social. En esta confusión reside, según él, la principal causa del despotismo, así como de la parálisis social propia de estos pueblos. Justicia y religión caminan mezcladas y ahí radica la decadencia del mundo musulmán.

Aunque justifica la colonización por razones de tipo político o estratégico, entiende el movimiento musulmán de levantarse contra la violencia que padeció: se muestra crítico con los modos del ejército y el expolio, así como respetuoso con la diferencia de los pueblos; apuesta por la convivencia pacífica y por la propia gestión de las instituciones benéficas sin intromisión extranjera, así como por una adecuada remuneración al clero musulmán y a sus escuelas. En este comportamiento Francia

puede mostrar su altura moral: el apoyo para que estos pueblos se gobiernen rectamente no significa usurpar su autonomía, ni confiscar sus bienes para intereses propios: su industria, su vivienda, la propiedad individual así como sus escuelas y sus leyes.

Postura ambivalente, la suya, que va de la intolerancia –por antimoderna o antidemocrática– al respeto hacia lo que de bueno encuentra en su civilización. Su inferioridad científica y técnica, con respecto al occidente greco-latino, se ve compensada con la superioridad de su celo religioso. Si en los turcos encuentra algunos aspectos más positivos, en cambio les reprocha el exceso de despotismo. Su resistencia, cuando no oposición, al desarrollo científico se convierte en la principal causa de la decadencia social y, por ende, del rechazo del autor, hasta el punto de afirmar de ella que es la más funesta de las religiones, la “principal causa de la decadencia hoy tan visible del mundo musulmán” (p. 101). Aun así, cualquier religión es mejor que ninguna.

La colonización inglesa de la India le da ocasión al autor para escribir sobre esa civilización. El *segundo Capítulo* recoge prácticamente notas breves sobre el Hinduismo, el cual, si bien aparece en principio preferible al ateísmo –por mantener el papel de la trascendencia y una vaga creencia en la inmortalidad del alma (en su versión de reencarnación), siempre útil a la sociedad y a la dignidad personal–, terminará por ser rechazado como “religión abominable, tal vez la única que valga menos que la incredulidad” (p. 70), toda vez que contiene un sistema de castas insalvable, desencadenante de un penoso determinismo y de una sumisión pasiva (indiferencia ante la vida), así como un sinfín de supersticiones degradantes. En este sistema socio-religioso reside gran parte de su debilidad, lo que ha provocado un estancamiento, cuando no un retroceso cultural (mayor si tenemos en cuenta el carácter del pueblo hindú, su clima o la alimentación precaria que le mantiene). Un ritualismo excesivo, mezclado con la religiosidad clasista y todo tipo de filosofías, así como una gran ignorancia científica, son otros tantos ingredientes de esta religión la cual, a pesar de todo, conserva la espiritualidad del alma en el dualismo materia-espíritu.

Su juicio sobre el hinduismo cada vez resulta más tajante, al considerarla como “amalgama de algunas nociones filosóficas sublimes mezcladas y como añadidas a un amasijo de groseros absurdos” (p. 84). El autor ve un conjunto caótico donde se entremezclan ideas nobles acerca de la virtud con las más burdas supersticiones e incluso ritos obscenos en diversas celebraciones. Si desconoce el proselitismo es por su carácter de religión nacional y su vinculación estrecha con la institución política y el territorio donde se asienta. Dado que su fin no es sino la inserción final del alma en Dios, se podría seguir una cierta distancia del compromiso histórico o temporal; no obstante, la irrupción reciente de las nuevas tecnologías y de la informática, hace sospechar un progreso de resultados todavía incalculables.

En el Cristianismo, objeto del *Capítulo tercero*, descubre el autor una religión independiente de la cuestión social, política o nacional. De algunas cartas se desprende su alta estima por el evangelio, como fuente de la moral moderna de occidente y de su humanismo universal: la incorporación de virtudes como la misericordia o el perdón, la consideración para con los más pobres, así como la posibilidad de una recompensa en la eternidad parece inspirar y reglar la vida moral moderna. Su grandeza reside, por



tanto, en "constituir una sociedad humana fuera de todas las sociedades nacionales" (p. 94). Pero no todo son alabanzas, pues reprocha al cristianismo la poca repercusión social de su vida virtuosa, y que no siempre haya cuidado las virtudes públicas. De todas las afirmaciones cristianas destaca el destino universal de los bienes materiales, así como la obligación de los ricos a favor de los pobres.

La emoción que siente ante el evangelio le lleva a defender el cristianismo: una justa valoración lo debe considerar ante todo como una religión, y hacerlo en su pureza al margen de toda adherencia circunstancial con que nos llega. Si bien puede haber recogido máximas anteriores, su radical novedad reside en el modo como las reúne, habiendo contribuido además al desarrollo de occidente.

Más que el fin de la religión, que nunca llegará según el autor (y que produciría una penosa decadencia moral), éste sostiene la posible llegada de una nueva concepción religiosa. El auge del cristianismo se debió a su vinculación con el Imperio y a sus múltiples puntos de contacto; la caída de éste supuso la perversión de aquél. Tocqueville pone en íntima relación la unidad del pueblo con la unicidad de Dios, así como la división nacional con la multiplicación sectaria: no es bueno que la religión choque con las ideas de la mayoría y los intereses comunes. Aunque rechaza los dogmas en general, valora positivamente las formas y prácticas, como elemento necesariamente humano de la religión, pero distinguiendo lo esencial de lo accesorio. Muestra admiración por el catolicismo de los Estados Unidos: desde el respeto por el espíritu democrático, la religión sirve de vínculo común y freno de todo individualismo, aunque no está libre del fariseísmo y la hipocresía social, actitud que hace de la religión un bien interesado y compensatorio. En América libertad y cristianismo caminan de la mano; ahora bien, el autor parece subrayar su dimensión de utilidad social para la conservación de las instituciones y del orden público, mucho más que su conexión con la verdad absoluta. Si el protestantismo parece favorecer el individualismo, el catolicismo, lejos de dañar la democracia con su obediencia, la puede hacer posible.

Finalmente, el *Capítulo cuarto* trata del catolicismo. Aunque admira el cristianismo primigenio, por su sentido del misterio y la trascendencia, así como por la repercusión de sus valores en el ámbito social, no termina de confesarse creyente en Cristo, ni cesa en su actitud crítica respecto de la Jerarquía de la Iglesia. Piensa que siempre que la religión se vincula o somete al poder político se condena a su propio fracaso, mientras desea para el cristianismo ese estado moderno e ilustrado –que ha encontrado en América– que lo preserve de su decadencia. Si la religión es necesaria para la sociedad, sólo su autonomía respecto del poder temporal le asegura una buena salud y permanencia. Tocqueville asume la trascendencia y apuesta por una reconciliación con la Iglesia de su tiempo, toda vez que ésta sepa mantener su independencia con el régimen de gobierno temporal. Parece como si sospechara que inherente al catolicismo pertenece su tendencia a identificarse con el poder: "El mismo espíritu que hizo fracasar la Restauración, echará a perder siempre, me temo, al clero, y por desgracia con él, a la religión" (p. 151).

Aunque son muchas las intuiciones valiosas que descubrimos en esta selección de textos, tres son a mi parecer las cuestiones que más pueden darnos qué pensar:

por una parte, considero insuficiente a todas luces una defensa de la religión desde la perspectiva humana o social (como si ésta fuera simplemente un fenómeno de esa naturaleza, y a ella se pudiera reducir su inteligibilidad). Menos es nada, se podrá decir, pero creo que se puede aspirar a un planteamiento de orden superior. Además la lectura del Islam, que fluctúa entre cierta ingenuidad y tímido optimismo, requiere un estudio más hondo, por la urgencia con que en nuestros días se necesita mayor aclaración. Por otra parte, la sospecha de una perenne alianza de la Iglesia con el poder temporal viene purificada ciertamente con la defensa, constante y firme, de la respectiva autonomía entre el orden político-social y el religioso-espiritual: “La grandeza, y la santidad del cristianismo radican, en cambio, en no haber tratado de gobernar más que el ámbito natural de las religiones, dejando todo lo demás a la libre iniciativa del espíritu humano” (p. 65). Unos cien años se adelanta el autor a la afirmación del Vaticano II, en el número 36 de la *Gaudium et spes*, a propósito precisamente de la mencionada autonomía entre ambos órdenes de la vida humana. Interesantes pistas para la contemporánea discusión sobre laicidad y laicismo.